

ANTE TODO LA SALVACION DE LAS ALMAS

por

San Antonio María Claret

**EDITORIAL APOSTOLADO MARIANO
C/. Recaredo, 44 - 41003 Sevilla**

CON LICENCIA ECLESIASTICA

ISBN: 84-7770-520-8

Depósito legal: M. 43.841-2000

Imprime: Impresos y Revistas, S. A.

I

**De los estímulos que me movían a misionar,
que fue el ejemplo de los Profetas, de Jesucristo,
Apóstoles, Santos Padres y otros Santos**

1 Además de este amor que siempre he tenido a los pobrecitos pecadores, me mueve también a trabajar para su salvación el ejemplo de los profetas, de Jesucristo, de los apóstoles, de los santos y santas, cuyas vidas e historias he leído con frecuencia, y los pasajes más interesantes los anotaba para mi utilidad y provecho y para más y más estimularme, y algunos de los fragmentos los referiré aquí.

2 *El profeta Isaías*, hijo de Amós, de la Real familia de David, profetizaba y predicaba. Su principal objeto era echar en cara a los habitantes de Jerusalén y demás hebreos sus infidelidades, anunciarles el castigo de Dios, que les vendría de los asirios y de los caldeos, como así sucedió. El impío rey Manasés, su cuñado, le quitó la vida haciéndole aserrar por medio del cuerpo.

3 *El profeta Jeremías* profetizó cuarenta y cinco años. Su principal objeto fue exhortar a su pueblo a la penitencia, anunciándole los castigos que le enviaría el Señor. Fue llevado a

Egipto, y en Taphnis, ciudad principal fue muerto, apedreado por los mismos judíos. La principal divisa de este gran Profeta es una tiernísima caridad para con sus prójimos; caridad llena de compasión por sus males, no solamente espirituales, sino también temporales; caridad que no le permitía ningún reposo. Y así es que en medio del tumulto de la guerra, en medio del desconcierto del reino, el cual se iba arruinando, y en el sitio de Jerusalén, durante la misma mortandad del pueblo, trabajó siempre con mucho ardor en la salud de sus conciudadanos, por cuya razón se le dio el hermoso nombre de Amante de sus hermanos y del pueblo de Israel.

4 *El Profeta Ezequiel* profetizó y predicó veinte años y tuvo la gloria de morir mártir de la justicia. Fue muerto, cerca de Babilonia, por el Príncipe de su pueblo, porque le reprendía por causa del culto que tributaba a los ídolos.

5 *El Profeta Daniel* fue enriquecido con increíbles dones, como uno de los grandes profetas. El no sólo predijo las cosas futuras, como hicieron los demás profetas, sino que además fijó el tiempo en que habían de suceder. Por envidia fue echado en el lago de los leones, y Dios le libró.

6 *El Profeta Elías* fue hombre de fervorosa y eficacísima oración, de grande y extraordinario celo. Y fue perseguido de muerte, aunque no murió, sino que un carro de fuego se lo llevó.

7 El Eclesiástico, hablando de los doce *Profetas* que se llaman *Menores*, no por otra razón sino porque son breves los escritos que nos dejaron, dice que restauraron a Jacob y se salvaron a sí mismos con la virtud de la fe

8 Quien más y más me ha movido siempre es el contemplar a Jesucristo cómo va de una población a otra, predicando en todas partes; no sólo en las poblaciones grandes, sino también en las aldeas; hasta a una sola mujer, como hizo a la Samaritana, aunque se hallaba cansado del camino, molestando de la sed, en una hora muy intempestiva tanto para él como para la mujer.

9 Desde un principio me encantó el estilo de Jesucristo en su predicación. ¡Qué semejanzas! ¡Qué parábolas! Yo me propuse imitarle con comparaciones, símiles y estilo sencillo. ¡Qué persecuciones!... Fue puesto por signo de contradicción, fue perseguido en su doctrina, en sus obras y en su persona, hasta quitarle la vida a fuerza de denuestos y de tor-

mentos e insultos, sufriendo la más bochornosa y dolorosa (muerte) que puede sufrirse sobre la tierra.

10 También me anima mucho el leer lo que hicieron y sufrieron los *Apóstoles*. El apóstol San Pedro, en el primer sermón, convirtió a tres mil hombres, y en el segundo cinco mil. ¡Con qué celo y fervor predicaría... ¿Qué diré de Santiago, de San Juan y de todos los demás? ¡Con qué solicitud! ¡Con qué celo de un reino a otro corrían! ¡Con qué celo predicaban, sin temores ni respetos humanos, considerando que antes se debe obedecer a Dios que a los hombres! Y así lo contestaron a los escribas y fariseos cuando les mandaban que no predicasen más. Si les azotaban, no por esto se amedrentaban y abstenían de predicar; al contrario, se tenían por felices y dichosos al ver que habían podido padecer algo por Jesucristo.

11 Pero quien me entusiasma es el celo del apóstol San Pablo. ¡Cómo corre de una a otra parte, llevando como vaso de elección la doctrina de Jesucristo! El predica, él escribe, él enseña en las sinagogas, en las cárceles y en todas partes; él trabaja y hace trabajar oportuna e importunamente; él sufre azotes, piedras,

persecuciones de toda especie, calumnias las más atroces. Pero él no se espanta; al contrario, se complace en las tribulaciones, y llega a decir que no quiere gloriarse sino en la cruz de Jesucristo.

12 También me anima la lectura de las vidas y de las obras de los *Santos Padres*: San Ignacio, mártir; San Justino, filósofo mártir; San Ireneo, San Clemente, presbítero de Alejandría; Tertuliano, Orígenes, San Cipriano, mártir; San Eusebio, San Atanasio, San Hilario, San Cirilo, San Efrén, San Basilio, San Gregorio Nacianceno, San Gregorio, obispo de Nisa; San Ambrosio, San Epifanio, San Jerónimo, San Paulino, San Juan Crisóstomo, San Agustín, San Cirilo de Alejandría, San Próspero, Teodoreto, San León el Grande, San Cesáreo, San Gregorio el Grande, San Juan Damasceno, San Anselmo, San Bernardo.

13 Leía con mucha frecuencia las vidas de los *Santos* que se han distinguido por su celo por la salvación de las almas, y he experimentado que me produce muy buenos efectos, porque me digo aquellas palabras de San Agustín: *Tu non eris si cut isti et istae? ¿Tú no serás, tú no trabajarás para la salvación de las almas como trabajaron éstos y éstas?* Las

vidas de los Santos que más me mueven son las siguientes: Santo Domingo, San Francisco de Asís, San Antonio de Padua, San Juan Nepomuceno, San Vicente Ferrer, San Bernardino de Sena, Santo Tomás de Villanueva, San Ignacio de Loyola, San Felipe Neri, San Francisco Javier, San Francisco, de Borja, San Camilo de Lelis, San Carlos Borromeo, San Francisco Regis, San Vicente de Paúl, San Francisco de Sales.

14 En las vidas y obras de estos Santos meditaba, en esta meditación se encendía en mí un fuego tan ardiente, que no me dejaba estar quieto. Tenía que andar y correr de una a otra parte, predicando continuamente. No puedo explicar lo que en mí sentía. No sentía fatiga, ni me arredraban las calumnias más atroces que me levantaban, ni temía las persecuciones más grandes. Todo me era dulce con tal que pudiese ganar almas para Jesucristo, para el cielo, y preservarlas del infierno.

15 Antes de concluir este capítulo quiero referir dos modelos de celo verdaderamente apostólico que me han movido mucho siempre. El uno es del Bto. José Diego de Cádiz y el otro es de S. Juan de Avila. Del primero se lee en su *Vida*: «El Siervo de Dios, movido del celo de

ganar almas a Jesucristo, se consagró por todo el tiempo de su vida en el ejercicio del ministerio apostólico, sin jamás descansar. Emprendía continuamente largos y fatigosos viajes, siempre caminando a pie, sin excusar las incomodidades de la estación en los tránsitos de un lugar a otro, todo para anunciar la divina palabra y conseguir el deseado fruto. Se cargaba de cilicios, se disciplinaba dos veces todos los días y observaba un riguroso ayuno. Su reposo por las noches después de las fatigas del día era ponerse a orar delante del Santísimo Sacramento, cuya devoción le era tan agradable, que le consagraba el más tierno y encendido amor.

16 *De la vida del Sto. Avila* -Su equipaje consistía en un jumentillo, que a él y a sus compañeros les aliviaba a ratos y conducía los manteos, las alforjas con una caja de hostias para celebrar la santa Misa en las ermitas, cilicios, rosarios, medallas, estampas, alambre y tenacillas o alicates para engarzar rosarios que labraba con sus manos. No llevaba cosa de comer, confiado en la divina Providencia raro era el día que comiese carne; lo más frecuente era pan y fruta.

17 Los sermones que hacía duraban, las más veces, dos horas, y era tanta la afluencia y

multitud de especies que se le proponían, que le era muy dificultoso ocupar menos tiempo. Predicaba con tanta claridad, que todos le entendían y nunca se cansaban de oírle... Ni de día ni de noche pensaba en otra cosa más que en extender la mayor gloria de Dios, reformation de costumbres y conversión de los pecadores.

Para componer sus sermones no revolvía muchos libros ni decía muchos conceptos, ni esos que decía los enriquecía mucho de Escritura, ejemplos ni otras galas. Con una razón que decía y un grito que daba, abrasaba los corazones de los oyentes.

18 En tiempo que predicaba en Granada el P. Avila predicaba también otro predicador, el más famoso de aquel tiempo, y, cuando salían del sermón de éste los oyentes, todos se hacían cruces de espantados de tantas y tan lindas cosas, tan linda y grandemente dichas y tan provechosas; más, cuando salían de oír al Santo Maestro Avila, iban todos con las cabezas bajas, callando, sin decirse una palabra unos a otros, encogidos y compungidos a pura fuerza de la verdad, de la virtud y de la excelencia del predicador.

19 El principal fin a que se dirigía su predicación era sacar las almas del infeliz es-

tado de la culpa, manifestando la fealdad del pecado, la indignación de Dios y el horrendo castigo que tiene preparado contra los pecadores impenitentes y el premio ofrecido a los verdaderamente contritos y arrepentidos, concediendo el Señor tanta eficacia a sus palabras, que dice el V. P. Fr. Luis de Granada: «Un día oíle yo encarecer en un sermón la maldad de los que, por un deleite bestial, no reparan en ofender a Dios Nuestro Señor, alegando para esto aquel lugar de Jeremías: *Obstupescite coeli super hoc*, y es verdad cierta que lo dijo esto con tan grande espanto y espíritu, que me pareció que hacía hasta temblar las paredes de la iglesia.»

20 ¡Oh Dios mío y Padre mío!, haced que os conozca y que os haga conocer; que os ame y os haga amar; os sirva y os haga servir; que os alabe o os haga alabar de todas las criaturas. Dadme, Padre mío, que todos los pecadores se conviertan, que todos los justos perseveren en gracia y todos consigamos la eterna gloria. Amén.

II

De los ejemplos y estímulos que tomaba de algunas Santas

21 Si los ejemplos de los Santos me movían tanto como he dicho en el capítulo anterior, me movía más aún el ejemplo de las Santas. ¡Oh qué impresión tan grande causaban en mi corazón! Yo me decía: si la mujer así siente, así desea y así hace por la salvación de las almas, ¿qué es lo que yo debo hacer, siendo como soy Sacerdote, aunque indigno? Era tanto lo que me afectaba la lectura de sus vidas, que a veces copiaba trozos de sus palabras y hechos, que aquí quiero recordar algunos.

22 *De la vida de Santa Catalina de Sena.* – Tenía singular devoción y amor a aquellos Santos que en esta vida, se emplearon y trabajaron más en la conversión de las almas, y como que Santo Domingo había instituido su Religión para solicitar los aumentos de la fe y la salvación de las almas, le tenía tanta veneración, que, cuando veía algunos Religiosos de su Orden, notaba el lugar donde Ponían los pies, y después, con toda humildad, besaba las huellas» (p. 9, Gisbert).

23 «La Magdalena, a los pies de Jesucristo, escogió la mejor parte; mas no lo mejor, dice San Agustín, porque lo mejor es juntar las dos partes, que son la vida activa y la vida contemplativa, y así lo hizo Santa Catalina de Sena» (p. 14).

«Miraba a todos los prójimos bañados con la sangre preciosa de Jesucristo. Al considerar los muchos en que se malograba el beneficio de la Redención, lloraba y se lamentaba con singular ternura. En especial cuando estaba extática, la oían rogar por la conversión de los infieles y repetir esta súplica: *¡Oh Dios eterno, vuelve los ojos de misericordia, como buen Pastor, a tantas ovejas perdidas, que, aunque apartadas del aprisco de tu Iglesia, son tuyas, pues las compraste con tu sangre!*» (p. 66).

24 «Un día, el Señor le hizo ver las felicidades del cielo, y le dijo: *Mira de cuántos bienes se privan para siempre los que quebrantan mi ley para hacer su gusto. Reconoce el atroz castigo con que mi justicia toma satisfacción de los pecadores que no me la dieron por la penitencia. Y repara la ceguera de los mortales, que aventuran con su vida sujeta a las pasiones un bien que encierra todos los bienes...* Mi Providencia ha puesto la salud de

muchas almas en tus manos. Yo te daré voces y sugeriré doctrina a quien no podrán resistir ni contradecir todos tus adversarios» (p. 75).

25 «El ejercicio de la predicación es el de mayor importancia que Jesucristo puso en su Iglesia. Esta es la espada con que armó a sus doce capitanes, los apóstoles. Este sagrado ministerio de predicar es de solos los Obispos, que, como pastores, han de apacentar sus ovejas, y éstos lo pueden subdelegar en sujetos que les ayuden a alimentarlas. Gregorio XI mandó predicar en presencia suya y de todo el Consistorio de Cardenales y otros Príncipes. Habló de las cosas celestiales con tal magisterio, que la oían inmóviles como estatuas, arrebatados de su admirable espíritu. Predicó delante de Su Santidad y Cardenales otras muchas veces, y siempre la oyeron con admiración y fruto, venerando en ella un nuevo apóstol poderoso en obras y en palabras. Predicaba también al pueblo, y como su corazón ardía en fuego de santo celo, arrojaba vivas llamas en las palabras que decía, y eran tantos los pecadores que se enternecían y mudaban de vida, que llevaba muchos confesores en su compañía, y algunos de ellos con autoridad pontificia para absolver de los casos reservados» (p. 174).

26 *De la vida de Santa Rosa de Lima* (Ribadeneira, p. 649). – «De quienes más se compadecía era de los que estaban en pecado mortal, porque conocía, con la luz que Dios le comunicaba, cuán miserable era su estado. Lloraba continuamente su miseria y rogaba a Dios que convirtiese a todos los pecadores, y aun decía que padecería ella sola todos los tormentos del infierno, como fuese sin culpa, por que ninguno se condenase. Por esto deseaba mucho que se predicase el Evangelio a los infieles y la penitencia a los pecadores. Ofrecióse a un confesor suyo ir a Misiones. Temía el viaje por los peligros que había en él. Consultólo con la Santa y ella le dijo: “Vaya, Padre mío, y no tema; vaya a convertir esos infieles, y mire que el mayor servicio que pueden los hombres hacer a Dios es convertirle las almas, y ésta es obra propia de los apóstoles. ¿Qué mayor dicha puede tener que bautizar aunque no sea más que a un indiazuelo y entrarle en el cielo por la puerta del bautismo?”.»

27 Persuadía a todos los frailes de Santo Domingo que se empleasen en este ministerio apostólico, diciéndoles *que no importaba menos esto al espíritu de su profesión que el estudio de la Sagrada Teología; antes la Teo-*

logía se ordenaba a esto, como a fin. Decía también: Que si le fuera permitido, se anduviera predicando la Fe de un reino a otro hasta convertir a todos los infieles, y saliera por las calles con un Cristo en la mano, vestida de cilicio, dando gritos, para despertar a los pecadores y moverlos a penitencia. Tenía determinado criar a un niño huérfano, darle estudios y ordenarle sacerdote, sólo para inclinarle a convertir infieles y dar a Cristo un predicador ya que ella no podía predicar.

28 Sentía mucho que los predicadores no buscasen el provecho de las almas en sus sermones; y así, predicando en Lima, con grande aplauso, un fraile de Santo Domingo, del convento del Rosario, con estilo algo florido, la santa virgen le dijo un día con grande modestia y eficacia: «Padre mío, mire que Dios le ha hecho su predicador para, que le convierta las almas; no gaste su talento ociosamente en flores, que es inútil trabajo; pues es pescador de hombres, eche la red de manera que caigan los hombres, no para coger el aplauso, que es un poco de aire y vanidad; y acuérdesese de la cuenta que le ha de pedir Dios de tan alto ministerio.»

Mas ya que no se le permitía predicar, procuraba, con una divina elocuencia que *Dios* le

había comunicado, aficionar a cuantos trataba al amor a las virtudes y aborrecimiento de los vicios.

III

De la misma materia

29 *De la vida de Santa Teresa.* — «No sólo fue a él, sino a otras algunas personas, las que procuré su oración; como las veía amigas de rezar, las decía cómo tendrían meditación y las aprovechaba y dábales libros». *Vida*, cap. VII, n. 7.

30 «¿Quién ve al Señor cubierto de llagas y afligido con persecuciones que no las abraza, y las ame, y las desee?. ¿Quién ve algo de gloria que da a los que le sirven que no conozca es todo nada cuanto se pueda hacer y padecer, pues tal premio esperamos? ¿Quién ve los tormentos que pasan los condenados que no se le hagan deleites los tormentos de acá en su comparación y conozcan lo mucho que deben al Señor en haberlos librado tantas veces de aquel lugar?» Cap. XXIV, n. 6.

31 «¡Qué gloria accidental será y qué contento de los bienaventurados que ya gozan

de esto cuando vieren que, aunque tarde, no les quedó cosa por hacer por Dios de las que les fue posible! Ni dejaron cosa por darle de todas las maneras que pudieron, conforme a sus fuerzas y estado, y el que más, más. ¡Qué rico se hallará el que todas las riquezas dejó por Cristo! ¡Qué honrado el que no quiso honra por El, sino que gustaba de verse abatido! ¡Qué sabio el que se holgó que le tuviesen por loco, pues lo llamaron a la misma Sabiduría! ¡Qué pocos hay ahora por nuestros pecados! Ya parece se acabaron los que las gentes tenían por locos de verlos hacer obras heroicas de verdaderos amadores de Cristo. ¡Oh mundo, mundo, cómo vas ganando honra por haber pocos que te conozcan!

32 ¿Mas si pensamos se sirve ya más Dios de que nos tenga por sabios y discretos? Eso, eso debe ser, según se usa discreción. Luego nos parece es poca edificación no andar con mucha compostura y autoridad, cada uno en su estado. Hasta el Fraile, Clérigo y Monja nos parecerá que traer cosa vieja y remendada es novedad y dar escándalo a los flacos; y aun estar muy recogidos y tener oración, según está el mundo y tan olvidadas las cosas de perfección de grandes ímpetus que

tenían los Santos, que pienso hace más daño a las desventuras que pasan en estos tiempos, que no harían escándalo a nadie dar a entender los Religiosos por obras como lo dicen, por palabras, en lo poco que se ha de tener el mundo, que de estos escándalos el Señor saca de ellos grandes provechos y si unos se escandalizan, otros se remuerden; siquiera que hubiese un dibujo de lo que pasó Cristo y sus Apóstoles, pues ahora más que nunca es menester.» Capítulo XXVII, n. 9.

33 «Estando un día, en oración, me hallé en un punto toda sin saber, cómo, que me parecía estar metida en el infierno. Entendí que quería el Señor que viese el lugar que los demonios allí me tenían aparejado y yo merecido por mis, pecados. Ello fue en brevísimo espacio; mas, aunque viviese muchos años, me parece imposible olvidarseme. Parecíame la entrada a manera de. un callejón muy largo y estrecho, a manera de horno muy bajo y oscuro y angosto; el suelo me parecía de un agua como lodo muy sucio y de pestilencial olor, y muchas sabandijas malas en él; al cabo estaba una concavidad metida en una pared a manera de una alacena, adonde me vi meter en mucho estrecho. Todo esto era deleitoso a la vista en

comparación de lo que allí sentí; esto que he dicho va mal encarecido.»

34 «Ese otro me parece que aun principio de encarecerse como es no le puede haber ni se puede entender; mas sentí un fuego en el alma que yo no puedo entender cómo poder decir de la manera que es, los dolores corporales tan insoportables, que con haberlos pasado en esta vida gravísimos y (según dicen los médicos) los mayores que se pueden acá pasar; porque fue encogérseme todos los nervios cuando me tullí, sin otros muchos de muchas maneras que he tenido, y aun algunos, como he dicho, causados del demonio, no es esto nada en comparación de lo que allí sentí y ver que habían de ser sin fin y sin jamás cesar. Esto no es, pues, nada en comparación del agonizar del alma: un apretamiento, un ahogamiento, una aflicción tan sensible y con tan desesperado y afligido descontento, que yo no sé cómo lo encarecer, porque decir que es un estarse siempre arrancando el alma es poco, porque ahí parece que otro os acaba la vida, mas aquí el alma misma es la que se despedaza. El caso es que yo no sé cómo encarezco aquel fuego interior y aquel desesperamiento sobre tan gravísimos tormentos y dolores. No

veía yo quién me los daba, mas sentíame quemar y desmenuzar (a lo que me parece), y digo que aquel fuego y desesperación interior es lo peor.

35 Estando en tal pestilencial lugar tan sin esperar consuelo, no hay sentarse, ni echarse, ni hay lugar, aunque me pusieron en este como agujero hecho en la pared, porque estas paredes, que son espantosas a la vista, aprietan ellas mismas y todo ahoga; no hay luz, sino tinieblas oscurísimas. Yo no entiendo cómo puede ser esto: que, con no haber luz, lo que a la vista ha de dar pena, todo se ve. No quiso el Señor entonces viese más de todo el infierno. Después he visto otra visión de cosas espantosas, de algunos vicios, el castigo; cuanto a la vista; muy más espantosas me parecieron; mas como no sentía la pena, no me hicieron tanto temor, que en esta visión quiso el Señor que verdaderamente yo sintiese aquellos tormentos, aflicción en el espíritu, como si el cuerpo lo estuviera padeciendo. Yo no sé cómo ello fue, mas bien entendí ser gran merced y que quiso el Señor que viese por vista de ojos de dónde me había librado su misericordia, porque no es nada oírlo decir, ni haber yo otras veces pensado en diferentes tormentos (aun-

que pocos, que por temor no se lleva bien mi alma), ni que los demonios atenazan, ni otros diferentes tormentos que he leído; no es nada con esta pena, porque es otra cosa; en fin, como de dibujo a la verdad, y el quemarse acá es muy poco en comparación de este fuego de allá.

36 Yo quedé tan espantada, y aun lo estoy ahora escribiéndolo, con que ha casi seis años, y es así que me parece el calor natural me falta de temor, aquí adonde estoy, y no me acuerdo ver que tengo trabajo ni dolores, que no me parezca nonada todo lo que acá se puede pasar, y así me parece en parte que nos quejamos sin propósito. Y así torno a decir que fue una de las mayores mercedes que el Señor me ha hecho, porque me ha aprovechado mucho, así para perder el miedo a las tribulaciones y contradicciones de esta vida como para esforzarme a padecerlas y dar gracias al Señor, que me libró, a, lo que ahora me parece, de males tan perpetuos y terribles.»

37 «Después acá, como digo, todo me parece fácil en comparación de un momento que se haya de sufrir lo que yo allí padecí. Espántame cómo, habiendo leído muchas veces libros adonde se da algo a entender de las

penas del infierno; cómo no las temía ni tenía en lo que son; a dónde estaba, cómo me podía dar cosa descanso de lo que me acarreaba ir a tan mal lugar. Seáis bendito; Dios mío, por siempre, y cómo se ha parecido que me queríades Vos mucho más a mí que yo me quiero. ¡Qué de veces, Señor, me librateis de cárcel tan temerosa y cómo me tornaba yo, a meter en ella contra vuestra voluntad!

38 De aquí también gané la grandísima pena que me da las muchas almas que se condenan (estos luteranos en especial, porque eran ya por el Bautismo miembros de la Iglesia) y los ímpetus grandes de aprovechar almas, que me parece cierto a mí pasaría yo muchas muertes muy de buena gana. Miro que, si vemos acá una persona que bien queremos en especial con un gran trabajo o dolor, parece que nuestro mismo natural nos convida a compasión, y si es grande, nos aprieta a nosotros; pues ver a una alma para sin fin en el sumo trabajo de los trabajos, ¿quién lo ha de poder sufrir?

No hay corazón que lo lleve sin gran pena. Pues acá, con saber que, en fin, se acabará con la vida y que ya tiene término aún nos mueve a tanta compasión, este otro que no lo tiene, no sé cómo podemos sosegar viendo

tantas almas como lleva cada día el demonio consigo.

39 Esto también me hace desear que en cosa que tanto importa no nos contentemos con menos de hacer todo lo que pudiéramos de nuestra parte, no dejemos nada, y plega al Señor sea servido de darnos gracia para ello. Cap. XXXIII, n.1.2.3.

40 Un día, el Señor le hizo ver muchas felicidades de la gloria del cielo, y le dijo: «Mira, hija, qué pierden los que son contra mí; no dejes de decírselo» Cap. XXXVIII, 3).

41 «Estando una vez en oración era tanto el deleite que en mí sentía, que, como indigna de tal bien, comencé, que a pensar en cómo merecía mejor estar en el lugar que yo había visto estar para mí en el infierno, que, como he dicho, nunca olvido de la manera que allí me vi. Comenzóse con esta consideración a inflamar más mi alma y vínome un arrebatamiento de espíritu, de suerte que yo no lo, sé decir. Parecióme estar, metida y llena de aquella Majestad que he entendido otras veces. En esta Majestad se me dio a entender una verdad que es cumplimiento de todas las verdades; no sé yo decir cómo, porque no vi nada. Dijéronme, sin ver quien, mas bien entendí ser

la Misma Verdad: — *No és poco esto que hago por ti, que una de las cosas es en que me debes, porque todo el daño que viene al mundo es de no conocer las verdades de la Escritura con clara verdad: no faltará una tilde de ella.* — A mí me pareció que siempre yo había creído esto y que todos los fieles lo creían. Díjome: — *¡Ay, hija! Qué pocos me aman con verdad, que si me amasen, no les encubrería yo mis secretos. ¿Sabes qué es amarme con verdad? Entender que todo es mentira lo que no es agradable a mí: con claridad verás esto que ahora no entiendes en lo que aprovecha tu alma.*» Cap. XL, 1.

42 «En este tiempo vinieron a mi noticia los daños de Francia y el estrago que habían hecho estos luteranos y cuánto iba en crecimiento esta desventurada secta. Diome gran fatiga, y como si yo pudiera algo, o fuera algo, lloraba con el Señor y le suplicaba remediase tanto mal. Parecíame que mil vidas pusiera yo para remedio de un alma de las muchas que allí se perdían. Y como me vi mujer y ruin, imposibilitada de aprovechar en lo que yo quisiera en el servicio del Señor (y toda mi ansia era, y aún es, que pues tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que éstos fuesen buenos),

determiné hacer eso poquito que era en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese, y procurar que estas poquitas que están aquí hiciesen lo mismo, confiada en la gran bondad de Dios, que nunca falta de ayudar a quien por él se determina a dejarlo todo, y que, siendo tales cuales yo las pintaba en mis deseos, entre sus virtudes no tenían fuerza mis faltas y podría yo contentar en algo al Señor, y que todas ocupadas en oración por los que son defensores de la Iglesia y Predicadores y Letrados que la defienden, ayudásemos en lo que pudiésemos a este Señor mío, que tan apretado le traen a los que ha hecho tanto bien, que parece le querrían ahora tornar a la Cruz estos traidores y que no tuviese adónde reclinar la cabeza.

43 ¡Oh Redentor mío, que no puede mi corazón llegar aquí sin fatigarse mucho! ¿Qué es esto ahora de los cristianos? ¿Siempre han de ser los: que más os deben los que os, fatiguen? ¿A los que mejores obras hacéis, a los que escogéis por vuestros amigos, entre los que andáis y os comunicáis por los Sacramentos? ¿No están hartos de los tormentos que por ellos habéis pasado?

44 Por cierto, Señor mío, no hace nada quien ahora se separa del mundo.

Pues a Vos os tiene tan poca ley, ¿qué esperamos nosotros? ¿Por ventura merecemos nosotros mejor nos la tengan? ¿Por ventura hémosles hecho mejores obras para que nos guarden amistad? ¿Qué es esto? ¿Qué esperamos ya los que por la bondad de Dios no estamos en aquella roña pestilencial, que ya aquéllos son del demonio? Buen castigo han ganado por sus manos y bien han granjeado con sus deleites fuego eterno. Allá se las hayan, aunque no me deja de quebrar el corazón ver tantas almas como se pierden. Mas del mal no tanto, querría no ver perder más cada día.

45 ¡Oh hermanas mías en Cristo!, ayudadme a suplicar eso al Señor, que para eso os juntó aquí; éste es vuestro llamamiento, éstos han de ser vuestros negocios. Estos han de ser vuestros deseos; aquí vuestras lágrimas, éstas vuestras peticiones. (*Camino de perfección*, Cap. 1, n. 1.2.)

IV

De la misma materia

46 *De la Vida de Santa María Magdalena de Pazzis.* – «Difícil sería hallar un hombre apostólico que tuviese un celo más ardoroso por la salvación de las almas. Interesábase viva y muy tiernamente por su bien; le parecía que no amaba nada al Señor si todo el mundo no le amaba también. Oyendo los progresos que en su tiempo hacia la Fe en las Indias, decía que, si hubiese podido ir por todo el mundo a salvar almas sin perjuicio de su vocación, hubiera envidiado sus alas a los pajarillos del aire para volar por toda la tierra; ¡Oh quién me diera, decía, poder ir hasta las Indias y tomar aquellos niñitos indios é instruirlos en nuestra santa Fe para que Jesús fuese dueño de sus almas y ellas poseyesen a Jesús!

47 Y luego, hablando de: todos los infieles en general, decía: Si yo pudiese, a todos los cogería y los juntaría en el gremio de nuestra Santa Madre la Iglesia, y haría que ésta los purificase de todas sus infidelidades y los regenerase haciéndolos sus hijos, y que se los metiese en su amoroso Corazón y los alimentase con la leche de sus santos Sacramentos.

¡Oh cuán bien les nutriría y lactaría a sus pechos! ¡Oh si yo lo !pudiera hacer, con qué gusto lo haría!

48 Y considerando el daño que hacían a las almas tan dilatadas herejías: ¡Ah, decía, sería preciso que nuestras almas fuesen como tortolillas, siempre gemidoras, que continuamente lamentasen la ceguera de los herejes! Y, contemplando cuánto se había entibiado la fe de los católicos, exclamaba: Derrámala, Verbo, derrámala viva y ardiente en el corazón de tus fieles, recalentada y encendida en la hoguera de tu corazón y de la caridad infinita, para que la fe se conforme con sus obras y sus obras se conformen con la fe! Y otras veces, pidiendo la conversión de los pecadores, le decía al Señor con palabras como de fuego que no la oyese a ella, sino los gemidos de su sangre divina.»

49 «Este ardiente celo de la salvación de las almas quería transfundirlo en todos, y así decía continuamente a las monjas que le estaban confiadas que siempre pidiesen a Dios almas. Pidámosle tantas, repetía, cuantos pasos damos en el monasterio; pidámosle tantas cuantas palabras pronunciamos en el Oficio divino. Semejantes al ardor de sus afectos eran

sus obras en cuanto lo permitía su condición de monja, de modo que el autor de su vida ha podido llenar catorce capítulos con las pruebas y argumentos de su celo por la salvación de las almas: disciplinas, ayunos, vigili­as, prolongadas oraciones, exhortaciones, correcciones; nada, absolutamente nada omitía; se condenaba por meses enteros a la más rígida penitencia por cualquier pecador que se le recomendase.»

50 Sabemos que por las oraciones de Santa Teresa de Jesús y de Santa María Magdalena de Pazzis se salvaron muchas almas, y se salvan aún por las oraciones de las monjas buenas y fervorosas. Yo por esto he sido muy inclinado a dar ejercicios y a hacer pláticas espirituales a las Monjas (no a confesarlas, porque sé me llevaban demasiado tiempo), a fin de que me encomendasén Dios. A veces les decía que ellas habían de hacer como Moisés en el monte, y yo como Josué, en el campo del honor, ellas orando y yo peleando con la espada de la divina palabra; y así como Josué reportó la victoria por las oraciones de Moisés, así la espero yo por las oraciones de las Monjas y para más estimularlas las decía que despues nos partiremos el mérito.

V

De los medios de que me valía para hacer fruto

Primer medio. - La oración

51 Estimulado a trabajar por la mayor gloria de Dios y salvación de las almas, como he dicho hasta aquí, diré ahora de qué medios me valí para conseguir este fin, según el Señor me dio a conocer como más propios y adecuados.

El primer medio de que me he valido siempre y me valgo es la *oración*. Este es el medio máximo que he considerado se debía usar para obtener la conversión de los pecadores, la perseverancia de los justos y el alivio de las almas del Purgatorio. Y por esto en la meditación, en la Misa, rezo y demás devociones que practicaba y jaculatorias que hacía, siempre, pedía a Dios y a la Santísima Virgen María estas tres cosas.

52 No sólo oraba yo, sino además pedía a otros que orasen, como las Monjas, Hermanas de la Caridad, Terciarias y a todas gentes virtuosas y celosas. A éste fin les pedía que oyesen la santa Misa y que recibiesen la sagrada Comunión, que durante la Misa y des-

pués de haber comulgado que presentasen al Eterno Padre a su Santísimo Hijo y que en su nombre y por sus méritos le pidiesen estas tres gracias que he dicho, a saber: la conversión de los pecadores, la perseverancia de los justos y el alivio de las pobres ánimas del Purgatorio. También les decía que se valiesen de la estación del Santísimo Sacramento y de la estación del Vía-Crucis.

53 También les exhortaba que se encomendasen mucho a María Sma., que le rogasen y pidiesen lo mismo, que para esto se valiesen de la devoción del Smo. Rosario, que siempre predicaba y enseñaba el modo práctico de rezarlo, y yo mismo lo rezaba antes de empezar el sermón con toda la gente, ya para enseñarlo a rezar, ya también porque, rezando todos juntamente, alcanzáramos estas tres gracias que he dicho. Asimismo les enseñaba el modo de ser devotos de los dolores de María, y procuraba que cada día de la semana meditasen en un dolor, por manera que los siete dolores los meditasen en los siete días de la semana, uno cada día.

54 También rogaba y hacía que las gentes rogasen a los Santos del cielo para que intercedieran con Jesús y María y nos alcanza-

ran estas mismas gracias. Singularmente invocaba ya los Santos que durante su vida sobre la tierra habían manifestado más celo para la gloria de Dios y salvación de las almas.

55 Nunca jamás me olvidaba de invocar al glorioso San Miguel y a los ángeles custodios, singularmente de mi guarda, al del Reino, al de la provincia, al de la población en que predicaba y de cada una persona en particular.

56 He conocido visiblemente la protección de los santos Angeles custodios. Quiero poner aquí unas jaculatorias que rezo cada día y he aconsejado a otras personas que las hagan, y me han asegurado que les va muy bien con ellas.

¿Quién como Dios?

¿Quién como Jesucristo?

¿Quién como María Sma., Virgen y Madre de Dios?

¿Quién como los Angeles del cielo?

¿Quién como los Santos de la gloria?

¿Quién como, los Justos de la tierra?

¡Viva Jesús!

¡Viva María Sma.!

¡Viva la santa Ley de Dios!

¡Vivan los santos Consejos evangélicos!

¡Vivan los santos Sacramentos de la Iglesia!

¡Viva el santo Sacrificio de la Misa!

¡Viva el Santísimo Sacramento del Altar!

¡Viva el Santo Rosario de María!

¡Viva la gracia de Dios!

¡Vivan las virtudes cristianas!

¡Vivan las obras de misericordia!

¡Mueran los vicios, culpas y pecados!

57 Oración que rezaba al principio de cada misión. *¡Oh Virgen y Madre de Dios, Madre y abogada de los pobres e infelices pecadores! Bien sabéis que soy hijo y ministro vuestro, formado por Vos misma en la fragua de vuestra misericordia y amor. Yo soy cómo una saeta puesta en vuestra mano poderosa, arrojadme, Madre mía, con toda la fuerza de vuestro brazo contra el impío, sacrilegio y cruel Acab, casado con la vil Jezabel. Quiero decir: Arrojadme contra Satanás, príncipe de este mundo, quien tiene hecha alianza con la carne.*

58 *A vos, Madre mía, sea la victoria. Vos venceréis. Sí, Vos que tenéis poder para acabar con toda las herejías, errores y vicios. Y yo, confiado en vuestra poderosísima protección, emprendo la batalla, no sólo contra la*

carne y sangre, sino también contra los príncipes de las tinieblas, como dice el Apóstol, embrazando el escudo del Santísimo Rosario y armado con la espada de dos filos de la divina palabra.

59 *Vos sois Reina de los Angeles. Mandadles, Madre mía, que vengan a mi socorro. Bien sabéis Vos mi flaqueza y las fuerzas de mis enemigos.*

Vos sois Reina de los Santos. Mandadles que rueguen por mí y decidles que la victoria y el triunfo que se reportará será para la mayor gloria de Dios y salvación de sus hermanos.

Reprimid, Señora, por vuestra humildad, la soberbia de Lucifer y sus secuaces, que tienen la audacia de usurpar las almas redimidas con la Sangre de Jesús, Hijo de vuestras virginales entrañas.

60 *Además decía el siguiente exorcismo. Satanás con todos tus secuaces: como Ministro que soy, aunque indigno, de Jesucristo y de María Santísima, te mando que te marches de aquí y te vayas a tu lugar. Te lo mando en nombre del Padre, † que nos ha criado; en nombre del Hijo, † que nos ha redimido de tu tiranía, y en nombre del Espíritu Santo, † que nos ha consolado y santificado.. Amén.*

Te lo mando también en nombre de María Santísima, Virgen y Madre del Dios vivo, † que te ha machacado la cabeza.

Vete, Satanás; vete, soberbio y envidioso; nunca jamás impidas la conversión y salvación de las almas.

VI

De otros medios de que me valía

Segundo medio. - El Catecismo a los Niños

61 Siempre me acordaba de aquel proverbio que dice: «A Dios rogando y con el mazo dando». Así es que ponía tal cuidado y trabajaba con tal afán como si todo dependiera de mi industria, y al mismo tiempo ponía toda mi confianza en Dios, porque de El todo depende, y singularmente la conversión del pecador, que es obra de la gracia y la obra máxima de Dios.

62 El Catecismo de los Niños. – La primera cosa que procuraba era la instrucción de los Niños en la Doctrina cristiana, ya por [la] afición que siempre, he tenido a está clase de enseñanza, ya también porqué conocía que es

lo más principal, por ser el Catecismo el fundamento de este edificio de la instrucción religiosa y moral. Y además que los niños lo aprenden fácilmente se les queda más impreso, se les preserva mejor del error, del vicio y de la ignorancia, y se les forma en la virtud más fácilmente, por ser más dóciles que los adultos. En los niños sólo hay el trabajo de plantar, y en los adultos de arrancar y de plantar. Hay además otra ventaja, que con los niños se conquistan los grandes, y con los hijos a los padres, porque los hijos son pedazos del corazón de los padres. Y además, dándoles, en premio de su asistencia y aplicación, alguna estampita, los padres y los adultos las leen en casa por curiosidad, y no pocas veces se convierten, como lo sé por experiencia.

63 Una de las cosas que más me ha impelido a enseñar a los Niños ha sido el ejemplo de Jesucristo y de los Santos. Jesucristo dice: *Dejad que vengan a mí los niños y no se lo estorbéis, porque de los que se asemejan a ellos es el reino de los cielos* (Mc. X, 14). Y, estrechándolos entre los brazos y poniendo sobre ellos sus manos, los bendecía. Tan cierto es que un niño conservado en la inocencia por una buena educación es a los ojos de Dios

un tesoro más precioso que todos los reinos del mundo.

64 Los Apóstoles, adoctrinados por Jesucristo, catequizaban a chicos y a grandes, de modo que sus sermones eran unas declaraciones de los misterios de la fe.

Fueron catequistas San Dionisio, San Clemente Alejandrino, varón eruditísimo, maestro de Orígenes, el mismo Orígenes también fue catequista, San Juan Crisóstomo, San Agustín, San Gregorio Niseno, San Jerónimo, al propio tiempo que era consultado de todas partes como el oráculo del universo, no se desdénaba de ser el catequista de los Niños, empleando en esta humilde ocupación el resto de sus días, que, tan útilmente había empleado al servicio de la Iglesia. *Enviadme vuestros hijos*, decía el Santo a una viuda; *yo balbucearé con ellos: tendré menos gloria delante de los hombres, pero seré más glorioso delante de Dios.*

65 San Gregorio el Magno sobrepujo en esto el celo de San Jerónimo, y Roma, la capital del mundo y el centro de la Religión, vio con asombro que aquel gran Papa, ya muy achacoso, dedicaba el tiempo que podía en la instrucción de la juventud. Después de haber

dado un manjar sólido a los fuertes, no se desdenaba de dar leche a los Niños.

66 El célebre canciller de París Juan Gersón se dedicaba continuamente a catequizar a los Niños. Algunos le criticaban por esto, y él les contestaba diciendo *que no podía ocuparse en cosa mayor que en apartar estas almas del dragón infernal y en regar estas tiernas plantas del huerto de la Iglesia.*

67 El Venerable S. Juan de Avila, apóstol de Andalucía, se dedicaba a la instrucción de los Niños. Sus discípulos hacían lo propio, y lo encargaba mucho a los maestros de escuela, y decía que, *ganada la tierna edad, se ganaba y recobraba toda la República; porque los pequeños pasan a ser grandes y por su mano se gobierna la República. La buena educación, decía, y enseñanza de la doctrina cristiana es la fuente y raíz de todos los bienes y felicidades de una República, al paso que el educar mal a la juventud es envenenar las fuentes comunes.*

68 El Presbítero don Diego de Guzmán, hijo del conde de Bailén, discípulo de S. Juan de Avila, se ejercitó en la enseñanza de la Doctrina cristiana toda la vida de 83 años, discutiendo por España e Italia con admirable celo

y fruto, padeciendo grandes penalidades y trabajos, y para que durara después de muerto fundó en Sevilla una Congregación para enseñar la Doctrina cristiana a los Niños, como él lo había practicado.

69 También se aplicaron a la instrucción de la Doctrina a los Niños San Ignacio, San Francisco Javier, San Francisco de Borja, Laínez y Salmerón; enviados al concilio de Trento, se ocupaban en catequizar a los Niños por orden de San Ignacio.

San José de Calasanz. El Venerable César de Bus fundó una Congregación para enseñar la Doctrina cristiana. Los Hermanos de la Doctrina cristiana.

70 El P. Ignacio Martínez, orador elocuente y predicador del rey de Portugal, se dejó de predicar y se consagró enteramente a instruir a los Niños y continuó por el espacio de 17 años.

El P. Edmundo Augerio, predicador apostólico, llamado *Trompeta del Evangelio*, que en Francia había convertido 40.000 herejes, se aplicó de tal manera a la enseñanza del Catecismo, que, cuando murió, Dios quiso que fuese visto subir al cielo acompañado de un ejército de Angeles y Niños. A la pregunta que hace